

Las políticas de la felicidad



José Félix Tezanos
Director de TEMAS

Pocas veces se escucha formular propuestas políticas que estén relacionadas con los aspectos más íntimos y "personalizables" de los ciudadanos.

En las primeras etapas de desarrollo político moderno, los grandes referentes reivindicativos se conectaban con la libertad. Con la institucionalización de un sistema político sustentado en procedimientos políticos libres, y en el disfrute de las libertades como tales (de prensa, de creencias, de expresión, de circulación, etc.).

Cuando lo pensamos con detenimiento, no deja de resultar asombroso constatar lo que hemos tardado los seres humanos en dotarnos de sistemas basados en criterios de igualdad y libertad. ¡Y aún hay muchos lugares en los que quedan pendientes conquistas de este tipo!

Estados de Bienestar

Aún más graves resultan las tardanzas y dificultades para plantear otro gran objetivo humanizador y de conquista social y económica. Me refiero a los derechos y oportunidades para vivir con un mínimo de dignidad y de suficiencia económica, con garantías de poder comer y disfrutar de las posibilidades y servicios que ofrecen las sociedades avanzadas de nuestros días. Ese gran objetivo es, precisamente, el que persiguen desde hace cerca de 200 años las organizaciones socialistas comprometidas en la conquista del Estado de Bienestar.

Para algunos el Estado de Bienestar es el mejor ejemplo del nivel básico que puede alcanzar una civilización que merezca tal nombre. Es decir, una forma de organización en la que estén plenamente garantizadas las libertades,

donde la democracia funciona, donde existen cauces adecuados de participación y donde están garantizados los derechos económicos y sociales fundamentales, donde se efectúan trabajos con unos horarios razonables, con salarios suficientes y con los derechos correspondientes a la educación, la asistencia sanitaria, las prevenciones ante los riesgos e incertidumbres de la vida, con pensiones suficientes y con otras garantías que se van ampliando a medida que aumenta la riqueza de las naciones.

Todo eso es, precisamente, lo que se conoce como el Estado de Bienestar, como el paradigma de organización que algunos pugnamos por afianzar y consolidar, en tanto que otros se esfuerzan en recortar y cuestionar, para no tener que pagar tantos impuestos ni contribuir tanto al común. Aunque a veces los partidos y líderes que se oponen a las políticas sociales no plantean de frente su oposición. Entre otras cosas porque saben que esa es una batalla político-ideológica perdida de antemano. Por ello, lo que hacen es desarrollar estrategias de odio, de desgaste personal, de persecución, de enconamiento, enmascarando sus verdaderas intenciones y propósitos políticos, mientras generan confrontaciones del peor estilo y forma.

El consenso keynesiano

El período durante el que se prolongó el consenso keynesiano en gran parte de Europa y en otros

lugares civilizados fue una de las etapas políticas más exitosas que se han conocido, en que los acuerdos entre la mayoría del arco parlamentario en torno a las políticas del Estado de Bienestar permitieron alumbrar no solo uno de los ciclos políticos de

En contraste con los climas de negatividad y pesimismo que algunos intentan propalar, una amplia mayoría de los españoles (80,4%) se consideran personas felices.

mayor concordia y paz mundial, sino que también posibilitó que millones de seres humanos vivieran con dignidad. Sobre todo, con la seguridad que proporcionaba saber que se había llegado a unos acuerdos positivos (¡eso sí que fue un buen consenso!), que garantizaba mantener los niveles de vida alcanzados, sin grandes temores ni incertidumbres. Para ti y para tus hijos.

Toda esa seguridad es la que se ha roto en las últimas décadas, arrasada por las ambiciones y las codicias de unos cuantos poderosos, que cuentan con buena parte de los medios de comunicación social y con otros resortes que les permiten mantener vampirizadas, y a su servicio, a no pocas plataformas y organizaciones políticas y sociales. Con Trump como paradigma de dicha deriva político-estructural.

Horizontes de la felicidad humana

Aunque las políticas propias del Estado de Bienestar se desarrollaron de la mano de las crisis de los años veinte y treinta del siglo XX, de las experiencias horribles de los fascismos y de las guerras civiles que organizaron, con el colofón de la Segunda Guerra Mundial (y la posterior reacción de los sindicatos, los partidos socialdemócratas y otras organizaciones sensatas, como los demócrata-cristianos), lo importante es no perder de vista que con esa reacción se empezaron a desarrollar en este Planeta las políticas de felicidad humana. Es decir, se objetivó la necesidad y la posibilidad de diseminar entre la población políticas redistributivas y asistenciales que contribuían a posibilitar que la mayoría de los seres humanos fueran felices. A que tuvieran buenos trabajos, buenos sueldos, buenas casas, a que disfrutaran de buena comida, a que pudieran tener buenas vacaciones, a hacer turismo, etc. En definitiva, a disfrutar de todo lo que hasta entonces había estado restringido a la escasa minoría de las clases pudientes.

Incluso, en algunas proclamas y propuestas programáticas de las organizaciones obreras comprometidas con la mejora de sus condiciones de vida y trabajo, se llegó a reclamar expresamente el ideal de una clase de "trabajadores

libres, honrados, inteligentes y felices". Lo que, en su momento, algunos descalificaron –motándolo– de planteamiento poco serio y científico, más propio de un socialismo humanista y no de un socialismo científico. Como si lo primero fuera algo impropio y de menor calidad y sentido.

El objetivo de ser felices, ¿por qué no?

En el mundo actual, y ante ciertas perspectivas de evolución posible, no es impropio que algunos partidos y fuerzas sociales se planteen el objetivo de la felicidad humana. ¿Acaso no tiene pleno sentido y pertinencia formular tal propósito de manera incardinada en las estructuras económicas y sociales?

Desde un punto de vista práctico, muchos conciudadanos agradecerían que se organizaran grandes debates para considerar cómo podría contribuirse a mejorar el grado de felicidad de quienes vivimos actualmente. Sobre todo, en aquellas sociedades en las que ya habíamos superado el nivel elemental del *primun vivere*, y donde ya hemos alcanzado un primer estadio de civilización y de ejercicio del raciocinio social y político. Estadio a partir del que habría que plantear cómo logramos avanzar en el objetivo humanista y civilizador de la felicidad. ¿Podríamos pensar en cómo mejorar las formas de vida que faciliten mayores grados de felicidad? ¿Podríamos prestar más atención al análisis de las formas y perspectivas de felicidad como parte de la actividad política?

Es posible que a algunos les resulten extraños estos planteamientos, incluso el mismo hecho de hablar de las políticas de felicidad, sobre todo atendiendo a cómo evoluciona, a veces, el panorama político actual. Tal como están algunas cosas, hablar o debatir sobre las formas de fomentar las vivencias de felicidad, puede parecer una rareza. Algo similar a lo que

podría ocurrir en algunas de las pandillas que pululan por nuestras sociedades, en las que, si alguien no se esfuerza por parecer el chico más malote imaginable, quedaría en el más absoluto de los ridículos. "¡Mira este Gandhi de pacotilla!", dirían posiblemente los más "cultos".

Precisamente porque estamos llegando a un punto

En las sociedades que han alcanzado un cierto nivel de desarrollo económico, cobra pleno sentido plantear objetivos y logros políticos y sociales que contribuyan a mejorar los niveles de felicidad de la población.

en el que se propalan las estrategias de odio y acoso, de insultos y denigraciones, de falta de sentido del humor y de mala leche, y de un espíritu de destructividad creciente, es por lo que se necesitan nuevos argumentos, nuevos objetivos positivos y propuestas de mayor interés y aplicabilidad práctica; construidas sobre la base de un humanismo positivo, racional y empático. ¿Qué efectos tendrían los esfuerzos de este tipo en un mundo de gruñones narcisistas y de malhumorados permanentes? ¿Hacia dónde podremos retroceder con tanto cabreo, tanto pesimismo y fatalismo sistémico, tanto alboroto como el que generan los gallos de pelea políticos, tanto clima bélico exaltado, tantos odios a flor de piel, tanto bulo disparatado y tanto abuso de la mentira y la calumnia como armas políticas?

De hecho, el gran inspirador primigenio de determinadas formas de proceder en política fue Goebbels, que en el contexto de un clima crispado y crispador –también– definió los dos principales andamios de la práctica difamatoria cuando subrayó que las mentiras en la publicidad política cuanto más grandes, mejor (para que sean creídas) y cuanto más repetidas (con machaconería), más eficaces.

En estas y otras prácticas, el paradigma es Donald Trump, que de tan creído de sí mismo que está ha llegado a decir que él "tiene tantos apoyos y tan firmes que si un día coge un fusil (casi lo hizo en su "golpe de Estado" del asalto al Capitolio) y empezara a disparar a diestro y siniestro en la Quinta Avenida de Nueva York, resultaría igual, porque la gente le seguiría votando".

¿Son felices los españoles?

En un contexto tan endiablado, si un observador externo objetivo del clima de nuestras sociedades fuera preguntado sobre el grado de felicidad de los habitantes de algunas de nuestras sociedades, tendría la conclusión –por lo que ve y por lo que escucha– de que la mayoría de la gente es pesimista y está de muy mal humor. Es decir, deduciría que no son felices.

Pero, si en vez de fijarse en lo que se ve y se escucha en público fuera a preguntar al conjunto de los ciudadanos, se encontraría con datos similares a los que arrojó la reciente encuesta del CIS sobre "Felicidad y valores sociales".

Así, ante la pregunta sencilla y concreta de "¿se considera una persona feliz?", la gran mayoría de los

españoles mayores de 18 años dicen que son felices. En concreto –pese a quien le pese–, eso afirma nada menos que el 80,4% de la población.

Los datos de esa encuesta indican que los hombres son algo más felices que las mujeres (vid. cuadro 1); los más jóvenes y las personas de edades intermedias ya asentadas (de 45 a 54 años) más que los mayores; y los que han realizado estudios superiores más que los que no tienen estudios o solo primarios.

A su vez, se consideran comparativamente más felices los que viven en ciudades de más de un millón de habitantes, así como en las ciudades intermedias (de 101.000 a 400.000 habitantes), que los que residen en poblaciones pequeñas con menos de 2.000 habitantes. Algo parecido ocurre entre los que viven en Comunidades Autónomas con mayor nivel de renta y situadas en cornisas marítimas, que entre los habitantes en zonas del interior de España; aunque los datos sobre el grado de felicidad en las diferentes Comunidades Autónomas están condicionados por la insuficiencia de las muestras respectivas en algunas de estas.

También resulta significativo que los indiferentes y no creyentes en materia religiosa sean más felices (84%), así como los agnósticos (83,7%) que los católicos practicantes (76,6%). Algo que también ocurre entre los que se autoubican en los espacios de la izquierda moderada, en contraste con la menor felicidad de los que se autoubican en la extrema derecha. Tendencia que corre paralela a la mayor felicidad de los votantes de Sumar y del PSOE, en comparación con los de Vox, los de algunos partidos nacionalistas y los que no votan en general.

En lo que se refiere a la influencia de las variables de ocupación y conciencia de clase, la encuesta del CIS indica que los profesionales, técnicos y científicos, así como los que se autodefinen como clase alta, media-alta y media-media se declaran felices en mayor grado que los que se consideran como "clase pobre-baja", o como "clase media-baja". Lo que también se relaciona con variables específicas de ingresos y niveles de vida.

Asimismo, los españoles piensan que su felicidad está afectada por el grado en el que sus conciudadanos y personas cercanas disfrutan de esa felicidad, hasta el punto que cuando se les pregunta si están de acuerdo o no con la afirmación "solo se puede ser feliz

CUADRO 1. LAS PERSONAS FELICES	
Españoles que se consideran personas felices (Total 80,4%)	
LOS MÁS FELICES	LOS MENOS FELICES
Rasgos personales	
Los hombres (81,8%) Los jóvenes de 18 a 24 años (85,9%) y los de 45 a 54 años (85,2%) Los que han realizado estudios superiores (90,3%)	Las mujeres (79%) Los de 65 a 74 años (76,8%) y los de más de 75 (71%) Los que solo tienen estudios primarios (61,7%) o no tienen ningún estudio (69,5%)
Lugar de residencia	
Los residentes en municipios de más de un millón de habitantes (86,2%) y de entre 101.000 y 400.000 habitantes (83,2%) Los que viven en Navarra (96,4%), Aragón (89,6%), País Vasco (86,2%), Baleares (84,9%), Castilla-La Mancha (82,9%), Comunidad Valenciana (82,6%) y Cantabria (82,4%) (1)	Los residentes en municipios de menos de 2.000 habitantes (73,1%) Los que viven en Extremadura (72%), Murcia (70,6%), La Rioja (69,7%) y Castilla y León (69,3%)
Orientaciones ideológicas y políticas	
Los indiferentes, no creyentes (84%) y los agnósticos (83,7%) Los que se autoubican en los espacios de la izquierda moderada: el 4 (91,5%) y el 3 (89%) Los votantes del PSOE (85,1%) y de Sumar (85,8%)	Los católicos practicantes (76,6%) Los que se autoubican en el espacio más a la extrema derecha: el 10 (77,5%) y en el centro-derecha: el 6 (77,4%) Los votantes de VOX (78,4%) y de partidos nacionalistas (PNV: 67,8%; ERC: 74%), así como los que no votan (72,5%)
Ocupación, ingresos y conciencia de clase	
Los profesionales y científicos (92%) y técnicos de grado medio (91,2%) Los que tienen ingresos altos y medios (91,3%, 93,1% y 87,9%) Los que se autoidentifican como clase alta y media-alta (88,1%) y como clase media-media (87,6%)	Los agricultores (78,2%), los trabajadores manuales (77,5%), y los trabajadores domésticos (74,8%) Los que tienen ingresos bajos (65,9%) y moderados (75,6%) Los que se autoidentifican como clase baja/pobre (68,1%) y como clase media-baja (77%)
FUENTE: CIS, Encuesta sobre felicidad y valores sociales, junio 2024. En el caso de las Comunidades Autónomas con menos población hay que tener en cuenta que las muestras no tienen tamaño como para poder considerarse suficientemente representativas.	

si lo son también las personas que te rodean", un 52% dicen estar de acuerdo y un 31% muy de acuerdo. Es decir, un 83% en total. Opinión que es más mayoritaria entre los trabajadores manuales, los que tienen conciencia de clase obrera y trabajadora, los que no tienen estudios o solo primarios, los votantes del PSOE o los que se autoubicaban en posiciones propias del centro-izquierda y una izquierda moderada.

En su conjunto, es bastante ilustrativo cómo se consideran realmente los españoles ante una cuestión como la felicidad, en contraste con otros fenómenos que se experimentan en nuestra sociedad en el

sentido de un aumento –a veces desmesurado– de las posiciones y actitudes de carácter pesimista, negativo e incluso truculento y gruñón. Deriva ante la que un sector muy amplio de la población dice sentirse feliz. Por lo que no es aventurado concluir subrayando que la felicidad –y la aspiración a lograrla– se ha convertido en una dimensión y una aspiración importante en nuestras vidas. Como rasgo propio de sociedades en las que se han logrado alcanzar ciertos niveles de bienestar y prosperidad material. No estamos, pues, ante una cuestión que deba minusvalorarse, sino ante una reacción consistente. **TEMAS**